

Mendoza, domingo 25 de marzo de 1990

el molinero ser pájaro

Foto de Archivo

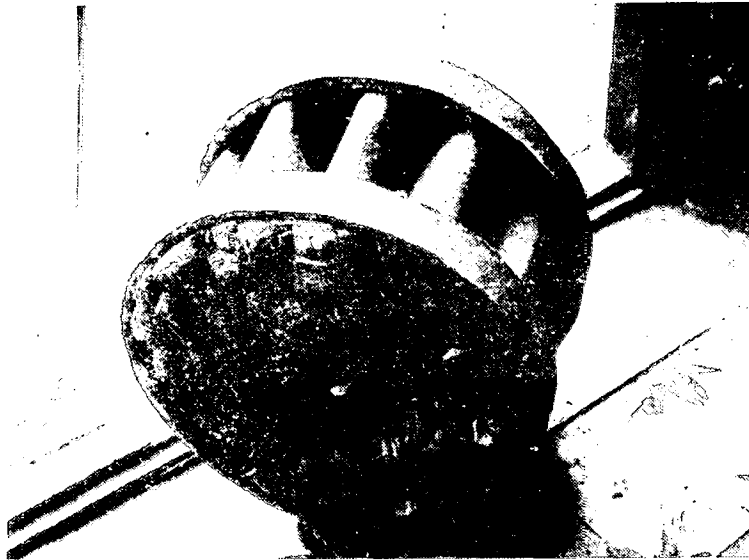


Foto de Archivo

El único testimonio que pervive: la rueda de molino para abatanar los paños y los fieltros.

pongan a disposición de Andrés Tejeda dos oficiales de construir carretas y un carpintero de obra blanca, para que sirvan con su habilidad todo el tiempo que dure la interesante obra del batán, fabricado bajo la dirección de Tejeda".

En menos de seis meses, el molino fue transformado en batán y dio las telas necesarias para que las mujeres del pueblo de Mendoza confeccionaran los uniformes que vistieron los soldados del Ejército de los Andes, para el proyecto de

cruzar la Cordillera de los Andes hacia Chile. Seguramente muchas veces, Tejeda habrá subido al alto techo de su molino para desde allí otear las montañas del oeste. Ya el batán había cumplido su cometido y se hallaba paralizado. Sólo chirriaba la rueda de piedra al moler en el trapiche los granos de cereales.

Tejeda envidiaba a las aves y observaba el movimiento de sus alas cuando volaba. El hombre que quería ser pájaro se encerró en su taller. Con fuertes cueros flexibles

cosidos con tientos fabricó la armazón de sus propias alas; las revistió con lienzo; hizo pruebas lanzándose desde cortas alturas.

Cuando se difundió la noticia hubo conmoción: el molinero Tejeda probaría volar como los pájaros. Dice la tradición que desde Buenos Aires acudieron personas para estar presentes, sobrellevando las incomodidades de los viajes, a tanta distancia. Pero era así nomás. Esa mañana clara de agosto de 1816, Andrés Tejeda, el molinero que quería ser pájaro, ascendió al alto techo de su fábrica llevando las alas.

Se las ajustó al cuerpo. Allá abajo los curiosos esperaban expectantes el momento decisivo. Desde el techo, las viñas, maizales

y trigales eran cuadros que finalizaban en el pedemonte. Más allá las montañas, donde en algún momento se poblarían de uniformes azules que nacieran en su batán.

Tomó impulso y saltó al vacío, batiendo las alas al impulso de sus brazos, casi sin escuchar las exclamaciones de asombro y de entusiasmo. Dicen que su vuelo fue apenas de 50 metros antes de caer

y fracturarse las dos piernas. Después, mientras yacía en la cama, repasaba la experiencia y maduraba los cambios que introduciría en las alas. Pero dicen que Tejeda murió a consecuencias de las heridas, seis meses más tarde. El molinero pájaro abatió sus alas cuando miles de uniformes azules hechos con la tela de su batán coloreaban las quebradas cordilleranas rumbo a Chile.

La sala de estar contigua a la habitación en la que dormía el general San Martín, en el batán de Tejeda. A la derecha, se ven un fuelle, una desgranadora de maíz y —encima de ésta— un rústico mortero.



Mendoza, domingo 25 de marzo de 1990

ANDRES Tejeda tenía vocación de pájaro. No le bastaba su oficio de molinero, que al comenzar el siglo XIX no era de despreciar en una aldea como Mendoza. Para ser molinero era necesario contar con un molino, lo que significaba en un criollo no sólo poseer inclinación para los negocios. En este aspecto las cosas eran bastante simples. Los agricultores de los alrededores sembraban, cultivaban y cosechaban el trigo. También lo trillaban, utilizando una tropilla de yeguas que pisaban las gavillas, separando la paja del grano. Finalmente, a fuerza de horquillas y a favor del viento, los hombres completaban la tarea, se embolsaba el grano y se lo trasladaba al molino.

Este proceso era generalmente una fiesta comunitaria, la "minga", derivación de la "minka" quechua, que reunía a todos los vecinos en una finca para la faena de la trilla del trigo. De allí se pasaba a otra y así sucesivamente. Trabajo colectivo regado con el buen vino patero, mejores comidas rurales y música y danzas como celebración final.

El trato de Tejeda para moler el cereal en Las Heras suponemos que fue muy simple, ya que se estilaba la "maquila". Es decir, el agricultor llevaba al molino el carro cargado con bolsas. Del total de la harina, el molinero se quedaba con una bolsa por cada dos que entregaba al dueño del cereal.

Pero ser molinero requería otros dones, tales afición y conocimiento de mecánica y por lo menos cierta facilidad para reparar máquinas. Los molinos, al comenzar el 1800, eran enormes galpones rectangulares instalados junto a una fortuita cascada en un canal o una hijuela. El tramo hasta la caída del agua se revestía de cal y canto, para facilitar la colocación de una gran rueda de madera que a impul-

Foto de Archivo



La casa en donde estuvo el molino y batán de Tejeda, tal como se conserva en la actualidad.

...galpón activando una serie de ruedas dentadas que daban movimien-

Andrés Tejeda, que soñó con

Por Santos de Paula

to a la gran rueda de piedra del trapiche que molía los granos de trigo o maíz.

Dicen que Tejeda aprendió mecánica de uno de los portugueses que fueron desterrados a Mendoza a fines de 1700 tras la derrota naval en las costas de Santa Catalina (Banda Oriental) por los barcos españoles. Para reparar las maquinarias del molino, instaló un taller junto al enorme galpón. Allí el molinero soñaba; soñaba con ser pájaro.

LAS TELAS DE LA PATRIA

Había muchos molinos de cereales en Mendoza en 1814 y por lo tanto muchos molineros, pero seguramente pocos como Andrés Tejeda, que soñara con un cielo que, le permitiera, mediante sus propias alas, ver la tierra desde las alturas. Mientras maduraba el proyecto, y la rueda de su trapiche giraba rezon-gona haciendo harina, el taller de Tejeda no descansaba. Allí tomaron forma algunos inventos. Por ejemplo un artefacto despertado que causó sorpresa entre los habitantes de la aldea.

Uno de los pianillos más extendidos en la sociedad era entonces la "espineta". Tejeda estudió uno y como era aficionado a la música, construyó otro igual en todo al original importado de Fran-

cia. Fue por estas razones que San Martín lo eligió entre todos los molineros cuando se vio en el problema de convertir en verdaderas telas para los uniformes de sus soldados, los lienzos fabricados en San Luis.

La idea del batán sólo podía concretarse con este hombre y la ayuda de un emigrado chileno, Dámaso Herrera, también mecánico por vocación. Hay tres cartas resolutivas de José de San Martín al respecto, de 1816. Una, del 11 de enero, está firmada en el campo de instrucción de El Plumerillo y enviada al administrador de Aduanas. En ella dice: "Entregue Ud. a disposición de Andrés Tejeda de la tesorería a su cargo, 50 pesos para costos del batán que está construyendo por cuenta del Estado, los que se les descontarán de sus trabajos. Dios guarde a usted muchos años".

Una segunda ordena: "Entregue usted de las cajas del Estado a Andrés Tejeda, 50 pesos, para el fomento de la obra del batán, que está construyendo por cuenta del Estado. Cuya cantidad unida a los otros cincuenta que por orden del 11 del corriente le dieron para el mismo fin, le será descontada de lo que tiene que haber por el trabajo de moler y tostar maíz del Estado a razón de 12 reales por fanegas, que con este gobierno ha convenido". Hay una tercera dirigida al alcalde: "Sirvase dar órdenes para que